

EL ESTUDIANTE

Revista de la juventud escolar española.

ADMINISTRACIÓN: PRIOR, NÚMERO 16.

SALAMANCA 1.º MAYO 1925.—NÚM. 1.

R. 2509

NUESTRA MISIÓN

«El Estudiante de Salamanca» es clásico en las letras románticas españolas. Nuestra Universidad, símbolo ante el mundo de la Universidad patria, es nombre evocador de tunas y torneos, de los nobles devaneos y holganzas del hidalgo escolar. Los estudiantes salmantinos de hoy creen que ha llegado la hora de liquidar con estas sombras engañosas de otro siglo. Se sienten ahogados bajo estas reliquias románticas de un pasado muerto, que los enemigos de la verdadera Universidad se esfuerzan por mantener en pie como un espectro que cierre la senda del presente vivo y el porvenir fecundo. Saben que el querer retener el pasado en cuanto pasado y exaltarlo al altar de lo «glorioso» y lo «santo», es siempre instrumento de reacción o de estatismo; que las grandes tradiciones de la historia son cadenas que aherrojan el espíritu del pueblo que no sabe incorporarlas como caudal circulatorio al progreso incesante de los tiempos. Y aspiran a que la Universidad de hoy (la salmantina y la española) sea algo más que un museo polvoriento de prestigios pretéritos y marchitos.

Aspiran a que sea el laboratorio y el hogar de una España mejor, la fragua que temple el alma de nuestras juventudes, de donde salgan las nuevas generaciones capaces de modelar un pueblo con vida social orgánica de esta triste masa amorfa que es hoy como ayer nuestro país. Solo la Universidad, la Escuela Normal, el Instituto, pueden afrontar con éxito esta labor gigantesca de renacimiento nacional y solo el estudiante puede infundir a los decrepitos cuerpos de enseñanza el aliento de vitalidad que los reanime e incorpore con energías creadoras. La acción removedora de las juventudes universitarias de América es ejemplo preclaro. Ellas contribuyeron como nadie a crear la Universidad nueva, hoy próspera y fecunda, liquidando la triste herencia escolástica de la época colonial.

Recogiendo los imperativos apremiantes de la hora, los estudiantes salmantinos se agrupan fervo-

rosamente; apasionadamente, en torno de este ideal. Les urge, acaso a ellos más que a ningunos otros, desvanecer el espectro de aquél pasado agobiador, encendiendo la aurora de un día nuevo.

Organo de sus aspiraciones y de sus afanes sera este periódico de clase, que con el grito del ESTUDIANTE llama a sí a toda masa escolar, sin distingos ni predicamentos de sentimientos confesionales ni de otro orden, que ciertas gentes amanñan para dividir a los que unidos serian demasiado peligrosos; sin diferencias ni privilegios de jerarquias sociales dentro de la clase estudiantil ni fuera de ella: desde la Escuela hasta el Ministerio, cuantos se sientan estudiantes o sientan la misión sagrada del estudiante en nuestra sociedad, cuantos tengan la sed de ideal del estudiante, aunque no se hallen inscritos como tales en la matricula del Estado oficial, están a nuestro lado.

EL ESTUDIANTE no quiere ser lengua de comadreo o intrigas locales ni empresa de adulaciones mútuas y de mútuos halagos mentidos en valor recibido o a cuenta. El escolar, el de Salamanca y el de todas partes, es miembro con plenitud de derechos de un Estado ideal, con el que no rezan los tratos convencionales de la miseria diaria: su patria profesional es la *civitas academica*, reino del espíritu que abarca toda la nación y, traspasando las fronteras, se confunde en solidaridad fraterna con las demás naciones del mundo.

No quieren los estudiantes de Salamanca que la revista de sus aspiraciones muera ahogada por el aire enrarecido de una ciudad levítica y llaman a la conciencia de sus compañeros de toda España y fuera de ella y a la de cuantos simpaticen con su empresa para que presten al periódico ayuda y difusión.

DON MIGUEL DE UNAMUNO

Una Revista estudiantil que viene a luchar por los fueros de la inteligencia y la civilidad, como vanguardia de un movimiento escolar, y que vé la luz en esta Salamanca, atalaya de Castilla, tiene que llevar al frente, por signo alentador de sus derroteros, el nombre glorioso de D. Miguel de Unamuno. El nombre del maestro que al separarse de nosotros se llevó en su pecho todo lo que había de fuego de ideal en el hogar de la vieja Escuela.



Nadie como él representa ante el mundo el trágico anhelo de una España mejor, de una España espiritualmente viril, que palpita en esta generación juvenil de la hora presente, cuya voz quiere ser nuestro ESTUDIANTE.

Este número ha sido pasado por la censura militar.

A los estudiantes de EL ESTUDIANTE

○ S habla un *estudiante* de setenta y cuatro años; que también ha sido en tiempos ya muy práteritos—en los tiempos de la breve y desgraciada República española, digna por las virtudes de sus hombres de Estado y por la brutal saña con que fué combatida, de piadosa memoria—estudiante de Salamanca. ¿Y qué os puede decir un pobre viejo, universitario, si, hasta la médula de los huesos, y también desde el fondo de su alma, poseído del valor de la cultura que irradiaba la escuela, la santa escuela en todos sus grados y modos?

Teneis las esencias de vida, la juventud, primavera de la vida, que como la de la tierra está plena de germen, de donde seguramente han de brotar frutos sazonados, robustos, valientes, que nutrirán, reviviéndola, esta patria, hoy mortecina.

Y con la juventud llevais en vuestra alma la salvadora inquietud, que implica necesariamente libertad, igualdad, fraternidad; porque la inquietud es anhelo irresistible de sentir, de pensar, de querer, de amplitud de existencia, de desbordamiento de energías, de ansia de comunicación y de proselitismo y con ello de saludable rebeldía contra todo lo cristalizado, lo pretendido perdurable, lo limitado, lo *iliberal*, y por consiguiente, de sacrosanto amor a cuanto significa *superproducción*, exuberancia vital, o sea actualización de lo porvenir (progreso).

¡Con qué íntima, inenarrable, emoción os contemplo, oh jóvenes estudiantes, impregnados del alto y *católico* sentimiento de amor a la Humanidad, a toda la Humanidad, libres de los prejuicios de

raza, de casta, de clase, de religión, de política, y mucho más de nacionalidad; con el único elevado propósito de alcanzar el bien de todos, mediante la cultura!

Para lograr esta nobilísima aspiración, es preciso trabajar recio, laborar hondo en la preparación de las jóvenes generaciones para la vida. Si en vuestra instrucción, en vuestra educación, debe participar la escuela—toda la escuela—desde la infantil a la universitaria, tanto o más habreis de contribuir vosotros mismos, colectivizando el esfuerzo, mediante la comunicación que establece a través del espacio y del tiempo la publicidad que intentais. Vuestra revista, acogida, como es de esperar, con el entusiasmo, tesoro de la juventud, por los estudiantes españoles y americanos, será, a no dudar, fiel expresión de vuestras necesidades insatisfechas, de vuestras ansias de mejoramiento, de vuestros propósitos de reforma. Abriréis al gran aire la Escuela, el Instituto, la Normal, la Academia, la Universidad; comunalizareis los problemas, los arduos y trascendentales problemas de la instrucción y la educación; obligareis a los maestros a ejercer su profesión como un genuino sacerdocio—el primero de los sacerdocios—pondreis al Estado en el ineludible deber de atender a la cultura, como a su misión más característica.

Habréis de luchar enormemente; los tiempos no son, desgraciadamente, propicios a vuestra grandiosa obra, pero os acompaña la *Justicia*, y no olvideis que esta es *constante y perpétua voluntad* y que con constancia, con tenacidad, con perseverancia, se logra siempre la victoria.

ADOLFO A. BUYLLA

La Universidad de entonces.

FERNANDO FELIPE

Yo... Fulano de Tal y Tal, licenciado en Derecho Civil y Canónico (*in utroque jure*), abogado de secano, natural y vecino de, etc., etc...., estudié en la Universidad de Salamanca, por los años del 92 al 98, fecha en que ya era conocida esa cosa que se llama Ciencia del Derecho.

La Universidad de Salamanca es famosa en el mundo entero (París, Bolonia, Oxford) por su mucha ciencia y en la población por su mucho frío. De allí, de aquellas renombradas aulas de «do dicen» salieron sabios para todo el mundo, han salido pulmonías para todos los salmantinos; y quizá la pulmonía, que hoy existe en el extranjero, fué difundida por los sabios que la Universidad exportaba.

Lo prudente es taparse la boca al pasar por aquellos lugares, práctica que jamás descuidan los salmantinos conocedores del terreno y que muy pronto aprenden los forasteros que nos honran con su visita.

En los años del 92 al 98 la Universidad era ya tan fría como ahora. Apenas inaugurado el curso...

La inauguración del curso era una verdadera fiesta. Un sol con alientos de verano bañaba las aulas altas del viejo edificio; los estudiantes forasteros que abandonaron la ciudad en junio, volvían a la casa «paterna» de la patrona; regresaban a toda prisa los salmantinos que habían prolongado el veraneo; se animaban los cafés que habían estado desiertos y en la Plaza comenzaban estudiantes y muchachas a entretejer ese lío que los poetas llaman amor y que se desata por sí solo, si al final no se presenta un cura y lo hace indisoluble.

En la Ciudad todo era juventud. En la Universidad todo era vejez, ñoñería, polvo, silencio, tristeza, empaque.

Apenas se habían extinguido las notas de Campanone, que invariablemente resonaban en el Paraninfo el día 1.º de Octubre, cuando ya la Universidad tomaba su aspecto conventual. Un profesor ronroneaba la lección, echando miradas furtivas al libro que tenía delante; el bedel con su recio calzado paseaba por los claustros, marcando con sus pasos el andar del tiempo y los profesores subían y bajaban las escaleras seguidos por los alumnos.

¡Qué profesores!
No todos merecen un recuerdo; pero ¿cómo no recordar, por ejemplo, aquel D. Juan Pablo Pérez de Lara, conde de Francos, romanista insigne? Los que no le vieron subir, al filo de las 12, las escaleras de la Universidad, acompasando sus pasos a los golpes con que marcaba el mediodía el reloj de la docta casa, no pueden tener ni idea siquiera de lo que es seriedad académica.

Comenzaba el curso.
Los estudiantes, en general, trabajaban sin descanso y solo, como ocurre siempre, algún cuitado se dedicaba a distraer a los profesores; pero los más... Los más trabajaban tan afanosa y calladamente como las hormigas; quién leía, amparado por los pliegues de la protectora capa,

un novelón instructivo; quién gravaba a punta de navaja el nombre de su dulcinea; quién... Hasta hubo estudiante que, dando pruebas del más generoso sentimiento de abnegación, criaba unos ratoncitos en el pupitre de su banco, y todas las mañanas les llevaba el necesario alimento.

¡Cómo trabajaban todos, profesores, alumnos y ratones!

De pronto, no se sabía cómo:

«Nube que el rayo contiene
Pasa y con cumple su oficio
Sin decir de dónde viene»,

estallaba la tormenta. Un profesor llamaba a un alumno y le preguntaba unas cosas que estaban en un programa y que el profesor juraba por su honor que había explicado. El alumno, dando pruebas de una admirable sinceridad, se limitaba a decir que no sabía nada, los demás decían lo mismo, guiados por un hermoso espíritu de clase, y aquel día terminaban las relaciones entre profesor y alumnos. Con esto no terminaba el curso, ¡quía! Los días seguían monótonos, soñolientos, desesperantes. El profesor repitiendo el libro de texto hasta con las erratas y los alumnos gastando los relojes a fuerza de consultarlos.

Esta era la parte seria. La parte cómica corría a cargo de los auxiliares. El profesor numerario no podía familiarizarse con el alumno, lo que imposibilitaba toda obra científica, dejando reducida la enseñanza a una clase de Instituto (¡perdón señores, del Instituto!) en que se toma la lección. El profesor auxiliar no podía ponerse serio. No podía, primero porque no sabía y después porque tenía al alumno un miedo inexplicable. Claro que todo esto le importaba al auxiliar muy poquito. Lo que a él le interesaba eran los pasos; los repasos diremos, para no confundirlos con los de Semana Santa, auxiliar había que con un sueldo de 1.500 pesetas vivía como un príncipe ruso.

¡Ah, la Universidad desempeñaba una importantísima misión!

Yo, sin embargo, no podía con la misión. Un día se reunieron tres señores, me llamaron a su presencia y me declararon licenciado en Derecho, como me podían haber declarado perito agrimensor. Cuando ví que las puertas de la Universidad se cerraban detrás de mí, sentí tal asco por todo aquello, que juré no utilizar en la vida «mis conocimientos jurídicos».

¿Que haría yo, que necesitaba ganarme la vida, que no tenía medios de fortuna? Vendería periódicos, cantaría coplas... cualquiera cosa que no fuera universitaria, porque lo único que me dejaría vivir, sería no pensar jamás que había perdido unos años en la Universidad.

Han pasado muchos años. Solo fijando bien la vista y aguzando el oído, percibo el rumor y el contorno de aquella vida, y el tiempo, que todo lo borra, no ha sido capaz de borrar aquella maldita impresión que me parece de una borrache-

ra. Sin embargo, cuando me llegan, como a cada quisque, momentos difíciles, se alza ante mí la figura del maestro venerable a quien siempre me reconozco deudor: la figura de aquel Dorado Montero, que me enseñó a ver en los libros y en las gentes y que me señaló una misión que llena mi vida.

Pero a Dorado Montero no le incluyo entre los profesores de la Universidad, por que Dorado Montero era la protesta contra la Universidad.

FERNANDO FELIPE

Sed jóvenes.

UN consejo para su noble empresa me piden los redactores de EL ESTUDIANTE, que en la ciudad salmantina aspiran a decorar con trofeos modernos los vetustos muros del sagrado recinto universitario. Del viejo el consejo. Tal era la fórmula simplista de la experiencia vulgar. Como si a la lección provechosa de experiencia y desengaño no acompañase la desmoralizadora lección de la desilusión inerte y de la malicia práctica. El consejo de los fracasados, de la generación madura que ha hecho calandrajadas de la tela puesta en sus manos por la fortuna favorable, no puede servir a nuestra juventud más que como lección de escarmiento. A los que quieren moldearos a su gusto preguntadles antes por sus maravillosas creaciones. Y si su obra es fruto de ficción y de egoísmo, no puede ser norma de conducta de la juventud, que es sinceridad y altruismo puro.

Si la cultura pasada es necesaria guía, también es un obstáculo que retarda a las generaciones nuevas. Ante todo, no anticipéis las lacerías morales, que en el lodazal de los caminos ireis contrayendo. Sed jóvenes; y esta lección conservadla como norma de conducta para no traicionar en ningún acto a vuestra preciada condición. Ser jóvenes es sentir el ansia triscadora de independencia y recusar la sumisión gregaria de quienes quieran ataros a su carro o condenaros a la quietud. Juventud es desinterés. No es juventud, sino vejez prematura, el sentido práctico de nuestros jóvenes calculadores y decrépitos, que se amoldan docilmente para las ascensiones y para la reptación, de los que saben de achaques de utilidad como los viejos, de los que se adosan a los atrios como clientes y buscan mediadores hasta para el amor.

Sed jóvenes, que en la prestancia de esta palabra hallareis el valladar de posibles claudicaciones. Sed eso que los espíritus ya esclerosados llaman romanticismo e ilusión. To-

do menos jóvenes prácticos. Sed soñadores, con un sueño ambicioso de gloria. Los sueños de los pueblos no despiertan en un chasco, como los ensueños individuales, sino que son como las ideas platonianas el germen de la realidad.

Lo más práctico, el sentido utilitario personal, no conduce al fin, sino a la miseria social y a la abyección. En esta casa, que los hombres llamados prácticos han convertido en regatería y lonja de contratación de mercaderías y conciencias, encended una lámpara, la de vuestras ilusiones de juventud, y practicad un culto cordial, el amor callado y fecundo de la patria, que se demuestra con fidelidad y abnegación más que con ditirambos y jactancias.

VICENTE GARCÍA DE DIEGO

Madrid.

Este número ha sido pasado por la censura militar.

Hasta en Turquía...

Parece que el nuevo embajador de Turquía en París tiene de subalterno a una mujer encantadora: la Srta. Ismail Hakki bey, que conoce a fondo varios idiomas, que ha vivido mucho tiempo en las grandes capitales europeas y representa en la de Francia a la mujer turca moderna «ávida de libertad y de progreso». Ya ni el consuelo de Turquía nos queda.

Se ha inaugurado la «Exposición regional del traje» (la exposición de los harapientos y desnudos de todas las regiones ofendería el ornato de la Corte). Romanones, para entretener sus ocios de cesante, se mete a arreglador de figurines. Y habla del «pasado que no vuelve». Que no vuelve... la espalda, por supuesto.

EL D'E L'G A L'G A

En recuerdo de

Angel Ganivet.

*¡No vuelvas a la vida,
recio poeta granadino!*

*¡Goza
aun escuchando el canto de la "Imatra,"
"la clara diosa de la muerte bella,"
que en Helsingfors destrenza sus cabellos
para aplacar la furia de su rio!...*

*...¡Ella te impulsó en Riga
a buscar en las ondas el reposo!...*

*¡Descansa en paz!... que el tiempo
trajo, en la galopada de sus brutos,
dolor sin fin, inercia desmayante,
ludibrio y cobardía,
para la tierra que añoró tu auxilio!
Tú dirás, de lo alto,
con amargura:*

*"Esa
triste estrella sin luz, que se desmaya
entre el gajo alboroque de los astros,
es la Tierra, morada de los hombres.*

*Y aquella incierta sombra,
que al Septentrión del globo peregrino
ennegrece el azul del agua inquieta,
es España... ¡La España que otro tiempo
quise que germinara!*

*Pero, dormida acaso, no vió el arma
que la iba a herir...*

*¡Ni vió, en la fraticida
lucha por encauzar su gregarismo,
al joven dios atleta—hijo nefasto
de Júpiter y Juno—alzar la bestia
sobre los claros pensamientos libres*

¡Dormida está.

*¡Dormida
bajo el parral de un porche castellano
ébria de sol, de vino y de pereza,
mientras la espiga se desmaya inerte
y la cizaña inunda los terrones!*

¡Dormida está!

*¡Dormida
y en brazos del cansancio que le ofrenda
en las divinas rosas del ensueño,
los garfios de un horrible despertar!*

*Quien la vé y quien la viera:
forjando en el herral de su quimera*

*la reja de un arado
—que fuera, otrora, espada de soldado—
y al crear gleba maceró el acero!*

*¡¡ Quien la vé, prisionera
y herida por puñal de condottiero!!*

*¡Luz en la frente, para que ilumine
su corona de espinas!...*

*¡Un áscua el corazón para que alumbre
sus manos con cadenas!...*

*Una fé humana entre las fés divinas,
donde calmen su sed las almas buenas!*

*¡Y, pues contemplas desde tú guarida
lo que a tu España deparó el destino,
para verla sin pulso, envilecida...!
—¡No tornes a la vida,
poeta granadino!*

SILVIO ITALICO

Balada del pobre catedrático universitario.

~ Con estrambote ~

QUIEREN los estudiantes que charlemos un rato. Pues bien...

Entre hombres parece que es tema favorito la mujer, y dicen que las mujeres entre si también gustan de hablar de los hombres. Bien será, pues, que entre estudiantes y para estudiantes hablemos del «catedrático». ¿O es que el estudiante solo ha de hablar del catedrático en época de exámenes? Si, para nuestro estudiante típico el profesor no es más que eso, el señor que examina; ni eso siquiera, el tío que aprueba o suspende. Ciertamente es que, en justa reciprocidad, el típico catedrático solo se siente tal en el tablado de la justicia incruenta, de la académica horca, donde también se ejecuta sin efusión de sangre, como decía el otro... Fuera de junio o septiembre, el catedrático es para el estudiante una abstracción metafísica, una fábula enojosa, cuando no divertida. Ni más ni menos que el estudiante para el profesor: una expresión numérica, la cifra seguida de los ceros o los palitos de las faltas de la lista. Son dos sombras que juegan al escondite por los rincones polvorientos y llenos de telarañas de unos apuntes o en el desván trastero del examen.

Solo quien tenga dotes y aficiones un poco filosóficas, de comprensión de lo irreal, puede ver en el profesor universitario español algo más que el guarda de puertas del examen o el ama de llaves de la lista. Y acaso también los culteranos de tendencias filológicas, tocados del morbo de las etimologías, se empeñen en sacar del profesor lo que miente la palabra engañosa: el que profesa la verdad, su verdad o la de su ciencia, el que remueve el espíritu y siembra en él gérmenes de ideales y le infunde afanes y saca al alma de la impubertad para hacerla viril, capaz para engendrarse una vida propia interior y social algo más fecunda que la de un triste «eunuco burocrático». Pero fuera de este par de ilusos metafísicos o filológicos, pedantes sempiternos de los que volatizan las palabras y los conceptos en sus retortas, nuestro estudiante no se pierde en devaneos ultratelúricos; es hombre de «realidades», sólido positivista, y sabe muy bien lo que quiere decir eso de «profesor». Lo sabe y se lo calla, por la buena cuenta que le tiene guardar el «secreto profesional». Valores convenidos, honor corporativo y espíritu de clase. En pago de gratitud (y porque le conviene, que de ello vive) el profesor mantiene a su vez, muy serio, la ficción del «estudiante». Es la mentira convencional y eterna del matrimonio en que los dos se engañan y saben que se engañan y tácitamente mantienen el engaño de por vida, como paño que cubra sus vergüenzas ante terceros de buena fé. Solo cuando el estudiante deja de serlo, cuando ya ha llegado a reunir la colección completa de sus aprobados y no le vincula el deber del «secreto profesional» y del

tácito convenio corporativo, se atreve a definir, sin grandes miramientos ni vacilaciones, el concepto de catedrático, por el método empírico. Y la definición suele ser algo así, cuando el que la formula no es de los más despiadados: el profesor es un buen burócrata, un honesto oficinista de Hacienda o un respetable tenedor de libros (de una casa comercial en quiebra), niño mimado de la empleomanía jerárquica con sus tres cuartos de hora diarios de oficina durante cinco (¿llegan a cinco?) meses del año...

¡Ah, si no fuese así, si el profesor y la Universidad hubiesen sido nunca aquí otra cosa de lo que son y seguirán siendo: grandes mentiras sociales mantenidas por razones de Derecho público y de buen tono nacional! ¡Cuántas cosas se explican así, de otro modo inexplicables!

.....
!Descontento impenitente de anarquizantes y eternos refractarios! El cuerpo profesoral (*corpus mys thicum*) no está tan muerto ni es pura abstracción. Su catalepsia aparente no es más que un poco de debilidad.....

..... ¡Pobre proletariado académico! Su suerte podría compararse a la del desamparado gremio de albañiles antes del triunfo de la ley social, si fuese lícito el gastar bromas con un trabajo honesto, útil al país. Pero la clase profesoral renace, se incorpora y empieza por donde empezó el gremio de honrados albañiles. Sus reivindicaciones son dignas y viriles, como cumple a la clase. Cuatro chisteras y bastones de borlas, dos levitas y un par de chaquets se han sentado en las escaleras de un Ministerio, y, como mendigos andrajosos (también una flamante levita puede ser un sucio andrajo), han tendido la mano al señorito de la casa que llegaba, para suplicarle una limosna, llorándole las miserias y las angustias de la gran familia de la cátedra. El señorito de la casa es generoso, es opulento, buen limosnero, tiene la largueza proverbial del que ha ganado una partida fuerte alzándose con la banca. Y da la limosna en una letra a no sé cuantos días vista, aunque ya sabemos que los términos de vencimiento de sus letras son siempre renovables *ad calendas Graecas*.. Ya luce la nueva aurora con la sola promesa; ya está en puerta el nuevo siglo de oro esplendoroso de nuestra ciencia oficial. Cuando el aumento de jornales sea un hecho (¡y lo será!), cuando el catedrático gane dos duros más al mes, tendremos una intensa vida universitaria jamás conocida, nuestra producción científica hará inútiles las traducciones y afluirán en tropel al sagrado recinto de la cátedra todos los genios que hoy se malogran en «abogados del Estado» o en «registradores de la propiedad» y que no vienen a nuestro seno exhausto

esperando los dos duros más de sueldo. Pero la embajada de los hermanos mendicantes no ha sido completa: han debido pedir también reducción de jornada y protección contra los accidentes del trabajo para las víctimas de la ciencia...

Si, el Estado nos explota y justo es que nos defendamos contra el despiadado patrono. En el otro patrono, el verdadero, aquel a quien nosotros explotamos, en ese no piensa nadie. Acaso los mismos estudiantes pregunten sorprendidos quién es él. No están muy lejos los tiempos en que el *studiosus* (entonces se llamaba el estudiante «estudioso») retribuía directamente al *magister* («maestro» se llamaba entonces el catedrático) sus nobles servicios. Hoy es el Estado el mediador (¿acaso la proxeneta?). Nada más que mediador, intermediario. El estudiante es quien paga en una moneda de bastantes más quilates que los jornales del Ministerio. Nos paga con los años más preciosos de su vida, con los años fecundos de la mocedad en que para siempre se temple la vida del hombre. Nos entrega ese formidable capital y nuestras manos debieran temblar de santa emoción, si hubiese en nuestra conciencia un ténue rescoldo de responsabilidad, al recibir ese tesoro sagrado, más importante que todos los salarios del Estado y los puestos más altos del escalafón. ¡Ah, cuando el estudiante se decida a exigirnos cuentas de este capital! Pero sigamos sesteando tranquilos, con nuestros lacrimosos romances de ciego, sigamos postulando sin escrúpulo aumentos de pitanza, quinquenios y mejoras y prerrogativas. El estudiante duerme también, duerme la turbamulta estudiantesca, anestesiada por el cloroformo de los apuntes y la lista y el opio del examen....

Bien cumplimos nuestra alta misión. No había por qué suplicar la subida de sueldos con el gesto lacrimoso y pedigüeño del mendigo profesional; debió pedirse con la voz firme y segura del que re-

clama en la conciencia de sus legítimas aspiraciones. El Estado español debe a los profesores de Universidad una retribución brillante y privilegiada. No tiene en toda la jerarquía de sus servidores quien más fielmente sirva a la nación oficial que le nombra y vele por ella. Su verdadera misión la que el destino le impone y por la que el fisco le paga, ¿no es matar en la juventud toda simiente de personalidad, si alguna hubiese, todo germen de humanidad y de conciencia libre; entumecer a la mocedad de por vida; degradar al hombre en pelele burocrático; esterilizar los espíritus con su soplo de muerte, para mantener este panorama gris, trágico y desolador, que es la vida ideal española; amasar, robándoles todo fermento, estas muchedumbres amorfas y abyectas, a merced siempre del primer aventurero? Si esta es la misión oficial del catedrático español, el compromiso tácito que el Estado le impone, lo cumple a maravilla, lo cumple con creces, se desasosiega y desvive por cumplirlo. El zarismo enviaba a su juventud peligrosa, es decir prometidora y libre, al destierro de Siberia, a que el hielo de la estepa entumeciese sus rebeldías y sus ansias. El Estado español, que ha heredado de las lecciones magníficas de la Inquisición sus experiencias y sus métodos, es menos brutalmente candoroso que el zarismo ruso; su estepa siberiana es la Universidad, donde el hielo del espíritu es cien veces más eficaz que el otro para estirpar todo brote de rebeldía.

¿Se desentumecerá algún día la juventud universitaria de este trío de muerte que se le entra por el alma? ¿Saldrán un día de esta caótica masa de nuestros estudiantes, carne de examen y de lista, los batallones organizados del espíritu? Esta es la esperanza fervorosa que, aún engañándose a uno mismo, hay que poner en la cuna de un periódico estudiantil que nace.

W. ROCES



LIBROS

YA lo sabemos: lo moderno, lo modernísimo es hablar mal de los libros, echar sobre los pobres libros la culpa de unos libracos pedantes libresco que envenenaron a la Humanidad. Para nosotros, los libros son instrumento de acción, arsenal donde el espíritu se ha de pertrechar para sus luchas. No es el libro por el libro lo que en él ha de buscarse, porque tan reaccionario como el odio al libro es el amor ciego del bibliómano. EL ESTUDIANTE no aspira a vivir tristemente en el polvo de las bibliotecas. Pero sabe que una biblioteca donde penetran la luz del sol y las palpitaciones de la vida, es siempre un hogar revolucionario, que de las bibliotecas han salido todas las revoluciones del espíritu, y muchas de las otras. El libro será uno de nuestros mejores aliados en el combate ideal que emprendemos.

Hablaremos aquí de cuantos libros caigan en

nuestras manos, sean españoles o extranjeros y avivaremos en el estudiante el amor del libro, y él le sacará del alma a la luz de la vida sus pasiones y sus afanes, si algunos tiene.

Claro que no todos los libros son libros, es decir que no todos los que se escriben merecen leerse. No hay mayor sarcasmo que ese de los libros impuestos como dogmas, y no para leerse, sino para aprenderse de memoria, para «empollarse», que es la más infame traición que puede hacerse a un libro. El libro, cuando lo es de veras, es libertad de crítica, libre examen, originalidad, audacia. Y no hablemos del catecismo del «texto único»... Eso lo dejamos para el *Gaudeamus!*

Cuanto haya de llama ideal y fermento de vida en letra de molde, vendrá a esta sección, donde con nuestra crítica, no desapasionada, sino llena de ardorosa pasión, serviremos honradamente a la verdad.



NUESTRA Revista que aspira a estar en contacto con el movimiento estudiantil de España y el mundo y a recibir sus alientos y pulsaciones, pone especial fervor en las juventudes escolares y universitarias de América.

Su acción removedora en las pujantes campañas de la reforma universitaria triunfante, que ha hecho o va haciendo de los viejos y decrepitos organismos oficiales hogares poderosos de temple y difusión de la cultura, fermento de vida y de espíritu, es una epopeya ejemplar para los escolares españoles.

Héroes del espíritu como Alberdi y Sarmiento y nombres prestigiosos de la inteligencia de la América de hoy, como Ricardo Rojas y

Alfredo Palacios, queremos que brillen entre los más preclaros de las gestas del ESTUDIANTE.

Enviamos desde aquí un saludo reverente a los grandes maestros de tierras americanas y un mensaje de cordial solidaridad a aquellas juventudes estudiosas, que representan acaso lo mejor de la savia espiritual vitalizadora de nuestra vieja España. Y les pedimos el calor de su simpatía, un aliento fraternal, para nuestra empresa apasionada de lucha por ideales que nos son comunes.

En esta sección informaremos a los estudiantes españoles del fecundo movimiento universitario y escolar de los países americanos.

Amor y Pedagogía.

UN ilustre maestro de nuestra Escuela unió, las dos palabras que encabezan estas líneas en el título, de una de sus más originales producciones y ambas se me vienen juntas a la mente al poner pluma en papel, deseoso de servir el deseo de los organizadores de esta Revista.

Esa asociación de vocablos es natural, casi estaba por decir que instintiva; porque no hay nada más educador que un puro afecto, ni enseñanza verdadera que no vaya dirigida por la vocación, que es amor.

Difícilmente será posible organizar, como arte o como ciencia, ni el amor ni la pedagogía: son algo inefable y etéreo que no puede formularse en reglas: juntos nacen del corazón de algunos seres privilegiados y fluyen mansamente sobre las gentes a la manera de copos de un celeste maná.

Por eso el grado supremo de ambas, es la

askesis en la cual se sintetizan y funden juntas como en ardiente crisol. Aquel virtuoso del violín que hacía vibrar sus cuerdas cerca del vientre genitor para iniciar en el arte al ser concebido, será acaso un ente ridículo para los más; pero hay en él una ferviente vocación, un hondo afecto, un afán insaciable de perfección que lo ensalzan y elevan sobre toda humana ironía.

Los más grandes pedagogos fueron, a la vez, dechados de buen amor, y nuestros místicos, en la excelsitud de sus deliquios, enseñanza viva y ejemplo educador de nuestro pueblo. De ese sublime connubio del amor y de la pedagogía, místicamente educado en el seno de la raza, nació, armado de punta en blanco, nuestro señor don Quijote, la más noble encarnación del amor y, a la vez, la personificación más pura de un magisterio de Santa Humanidad.

LUÍS MALDONADO

Nuestros héroes.

TODOS los que han luchado por la libertad del espíritu en la vida interior y en la vida social, son nuestros héroes. Cuantos a lo largo de los siglos, trabajosamente, afanosamente, han ido impulsando a la Humanidad por la senda luminosa del Ideal y la Justicia, son nuestros héroes. Cuantos han desgarrado las sombras tenebrosas en que el miedo, la superstición, el fanatismo, el enservilecimiento del alma, han querido y quieren sepultar el sol eterno de la Verdad, son nuestros héroes. Sus nombres gloriosos y sus hechos memorables brillarán en los anales del ESTUDIANTE como antorcha y bandera de combate en nuestras campañas ardorosas de redención de la clase escolar.

Hugo Grocio.

Apenas repuesto de una guerra sin par, el mundo que se llama civilizado se dispone a honrar la memoria de uno de los hombres gloriosos que más apasionadamente se esforzaron por encontrar un cimiento en la razón a la fraternidad universal y a la paz de los pueblos: el holandés Hugo Grocio. Amarga ironía del poder del espíritu, que perdura a través de los siglos y vence siempre, a despecho de la más adversa realidad y ultrajado por ella.

Grocio nació en 1583. En 1625 salió a luz su libro inmortal *«De iure belli ac pacis»*, cuyo tercer centenario va a celebrar el mundo, y con él el de su autor. Porque el hombre es hijo de sus obras, y esa obra imperecedera fué el hecho que le conquistó a Grocio para todos los tiempos el título de padre del Derecho de gentes y del Derecho natural. Grocio infunde nuevo hálito vivificador a las grandes tradiciones de los filósofos griegos de la escuela estoica y las incorpora como manantial removedor a la agitada vida espiritual de su tiempo.

Con ser un espíritu profundamente cristiano, y acaso por serlo, su nombre queda universalmente gravado en las gestas de la ciencia libre, por la que luchó en las vanguardias del espíritu de la Reforma, hasta liberar a la «ley natural», herencia filosófica de Grecia, de los dogmas de la fé en que la había sepultado el escolasticismo medioeval. En la gran encrucijada del espíritu, señaló a la humanidad con gesto vigoroso los dos caminos divergentes de la fé y la razón. Y buscó los cimientos del Derecho humano y la Justicia, la «ley natural», suprema ley de toda sociedad, fuera de toda creencia religiosa. Emancipó el concepto de lo justo y de lo injusto de la idea divina y le deslindó a ésta su campo propio en la vida interior. «El Derecho tiene su imperio en sí mismo y es inmutable como la naturaleza y la razón. Y el propio Dios no podría cambiar sus leyes, como no podría hacer que dos y dos no fuesen cuatro». El Derecho natural existiría y existiría la idea de la justo «aun en la desatentada hipótesis de que Dios no existiese».

La obra de Grocio es una revolución del espíritu, como lo es la de todos los grandes pensadores. El es el que abre la era fecunda del «racionalismo», que, a través de Spinoza, de Hob-

bes y Wolff, va a cristalizar, siglo y medio más tarde, en el sistema crítico de la filosofía kantiana. Con él se inicia una de las etapas más fecundas en el camino de progreso de la Humanidad.

Y como su obra fué su vida: ejemplar y henchida de enseñanzas, vida de sacrificio heroico por la causa de redención que había abrazado su espíritu. Quizá su vida es su mejor obra, la más preclara y elocuente, como lo es siempre la de los hombres verdaderamente grandes. Como no podía menos, se vió enredado en la madeja de los dogmas teológicos que atenazaban en aquella época a su nación, profundamente sensible a los movimientos religiosos. Y como teología y Estado, Gobierno e Iglesia eran entonces (¡estamos en el siglo XVIII!) los brazos de un mismo cuerpo, hubo de sufrir persecuciones, cárceles y destierros, como todos los santos del martirologio civil y láico. Fugado de la cárcel de un modo emocionante, con la ayuda de su mujer y una fiel criada, pudo huir a Francia, que ya en aquél tiempo era para muchos refugio de libertad y civilidad. Y en Francia escribió su libro memorable sobre el «Derecho de la paz y de la guerra».

EL ESTUDIANTE reverencia la memoria de Hugo Grocio y le rinde el homenaje de su fervor juvenil, como a uno de los grandes secularizadores del espíritu humano y uno de los guías que más certeramente han señalado a los tiempos la senda de la ciencia pura y el espíritu libre.

Administración de EL ESTUDIANTE en

Madrid: D. LEON SANCHEZ, Mayor, 2.

Corresponsal literario: D. SALVA-
DOR M.^a VILA, Ateneo de Madrid.

Los periódicos de Paris hablan de un hombre prodigioso cuya vista traspasa los papeles más opacos y es capaz de leer cartas metidas bajo triple sobre. Esa especie de «rayos X» humano sería una excelente adquisición para nuestros cabinets noirs. ¡Qué admirable ahorro de tiempo, de dinero y de personal!

Este número ha sido pasado por la censura militar.



TOMAS DE AQUINO

Casi al mismo tiempo que el mundo celebraba el segundo Centenario del nacimiento de Kant, el paladín de la filosofía crítica de la razón y S. Jorge de todos los dogmatismos, la Universidad de Salamanca rendía homenaje al filósofo santificado y elevado a dogma católico. Bajo la apariencia de un jubileo filosófico, nuestra Universidad se declaraba una vez más sierva sumisa de Roma y el Pontificado y hacía carne de realidad la piedra dorada por los siglos que coloca la triple tiara y las llaves de S. Pedro sobre la cátedra universitaria. Las llaves de San Pedro, que en este simbolismo no son las que abren las puertas del Cielo, sino las que cierran los espíritus anhelantes de la Tierra.

El homenaje fué al santo de Roma en el tercer Centenario de su *canonización*. Y por si aun había algún cuitado a quien se le escapase el espíritu del ritual, fué necesario traer de fuera (¿para qué la importación? La especie abunda aquí), a uno de esos mascarones de proa de la nave antediluviana, para cantar con voz de Jehová tonante la ejemplar sumisión ultramontana de la Escuela salmantina, «la única que supo responder, fiel» a la voz de la Santa Sede. Para nosotros la gloria, amigos míos.

Bien se despacharon los cabecillas del clam, aquella mañana. Alrededor de la hoguera cavernaria, la tribu danzó con salvaje y estrepitosa gritería. Uno de los jefes puso en una pica la cabeza de la ciencia herética e insumisa a Roma y otro presentó al auditorio, un poco asustado de tanta ferocidad, la cabeza del liberalismo envuelta en el *Syllabus*. Alguna Salomé de la oratoria bailó luego desde el púlpito su danza macabra. Unos pobres estudiantes amaestrados aplaudieron un poco; unos párvulos grandullosnes, debidamente escogidos, recogieron (allí mismo, en buenos y contantes dineros, para que viésemos que no se engañaba a nadie) los premios a sus méritos tomistas. Y acabó el oficio universitario, que generosamente costearon «los amigos de la Universidad»: obispos, arzobispos de todas castas y colores, Priors de conventos y Residencias de Padres Jesuitas.

¡Pobre Tomás de Aquino! Ahora que ya se han apagado los ecos del salvaje canto gregoriano y el aire de Primavera se ha llevado el incienso y el humo de la hoguera, deja que EL

ESTUDIANTE se acerque a tí y te salude como a uno de sus Maestros, como a uno de los Maestros de su España, la España del espíritu. Tú no eres culpable de que estas hordas universitarias te tomen por pabellón de sus tropelías. Ni es tuya la culpa de que esas mesnadas de epigonos que han tapado la personalidad del filósofo con la túnica dogmática del santo, quieran encerrar toda la vida ideal del mundo en el arca de tu *Summa theologia*. Los que quieren hacer de las doctrinas de un filósofo yugo de opresión social o espiritual, no son sus discípulos. Lo son los que ven en ellas un paso, acaso gigantesco pero jamás definitivo, en la historia del progreso humano.

Tomás de Aquino quiso hermanar la razón y la fé. Vano empeño, que la filosofía abandonó al abandonar los métodos escolásticos. Su momento, un momento de siglos, ha pasado, y el nombre glorioso del pensador insigne, que nosotros saludamos con respeto, sólo puede tener en el mundo de hoy la aureola de lo histórico. La ciencia moderna, mal que pese a los que la tuvieron en sus brazos y con ella jugaron de niña, es ya demasiado grande, demasiado viril, para seguir agarrada a las faldas de la teología. Y la Universidad de hoy, después del racionalismo, después de Kant, después del auge estupendo de la ciencias naturales y de todas las hondas revoluciones de las del espíritu, es algo más que un triste Seminario conciliar. Solo en España, baluarte de todo lo arcaico y ancestral, queda flotando en el aire universitario, como densa telaraña, un girón del escolasticismo medioeval, que poco a poco, con mucho trabajo, van barriendo los vientos del Norte.

La obra del Aquinatense (fecundador de Aristóteles y de Plotino en el seno del Medioevo occidental) es grandiosa como obra de su tiempo. Pero la tan decantada luz de la *Summa*, que los escolásticos supervivientes quieren proyectar sobre todo el panorama de la pletórica vida espiritual moderna, es la luz del candil en el siglo de la electricidad.

ESTE NÚMERO HA SIDO PASADO POR LA CENSURA MILITAR.



AIRE LIBRE

EL campo, la montaña, el mar, el aire libre, deben ser para el estudiante una cátedra más, y acaso más educadora, más llena de alientos, sugerencias y enseñanzas, que muchas de las que la Universidad, esta Universidad de hoy, le ofrece. La naturaleza libre es maestra de energías, y no solo para el cuerpo; es también espejo de ejemplaridad para el espíritu: una lección constante de libertad y disciplina, de orden y de audacia, de vitalidad y fuerza creadora. Pero esta lección de vida no puede recogerse y disecarse en las pobres páginas de unos «apuntes», como las doctrinas pedantescas y artificiosas de las aulas. Hay que recibirla a pecho descubierto y cara a cara, sin intermediarios, en un abrazo fecundo de amor.

Las luchas apasionadas de la juventud por el ideal de una España mejor piden salud, mucha salud, vigor de espíritu y de cuerpo. Esta triste España nuestra es un pueblo enfermo, enfermo de cuerpo y de espíritu. Y solo podrá curarla el aire libre. Solo podrá curarla la generación juvenil que traiga de las cumbres el soplo de pureza aventador a esta atmósfera de muerte que ahoga al llano y la ciudad. La ráfaga que barra las pestilencias tenebrosas de una vida de claustro de sacristía o de café.

Por eso el ESTUDIANTE, que no quiere ser bohemio enfermizo ni sentimental siglo XIX, que quiere ser sano de cuerpo y de espíritu, saluda con entusiasmo a esta era de los deportes físicos, a los que prestará cuidadosa atención.

Lo que rechazamos es el deporte como epidemia y plaga, el pugilismo exclusivista y absorbente que ve en el deporte, y acaso en uno solo, la última razón de la existencia. Todo exclusivismo es esclavitud. No oír hablar más que de fútbol, de tenis, de motociclismo, de toros o carreras de caballos, da una triste idea de las gentes y de su limitación mental. Es degradar al hombre a instrumento de sus piernas o de sus brazos... o de las piernas o brazos de otro. Es tan pedante, tan insoportable como el no hablar de otra cosa que de libros, de ideas o de mujeres. Hacer de un *sport* una profesión o la misión de una vida: no puede haber nada más ridículo ni más deplorable.

Hay más hondos problemas para bandera de combate de la mocedad que estos de los equipos y cuadrillas; problemas en los que va nuestra vida de pueblo y nuestra sangre y cuya solución está esperando el brazo impulsor y el espíritu audaz de la juventud. Dejarse llevar en cuerpo y alma por la pasión de la pelota o la raqueta o el estoque, es dejarse engañar como los niños a quien se da un juguete para acallar el hambre. Que el juguete de los *sports* no acalle en la mejor de nuestro pueblo el hambre de ideales, la sed de acción.

Nuestro ideal de estudiante hará del cuerpo soporte del espíritu, medio de acción para la idea, que es lo humano, y no un dios voraz que transforme al hombre en bestia. Esta concepción, «bestial» de los deportes, que es al parecer la que hoy impera, no puede ser la del ESTUDIANTE. Depoco vale acopiar una plétora de energías musculares, si lo que se conquista a la luz del sol y bajo el aire libre, se ha ir dilapidando cada noche en las tinieblas del prostíbulo o del cabaret.

España, nuestra España, necesita hombres sanos, hombres fuertes, pero no para que disipen su fortaleza y su salud en la castiza *juerga* nacional, ni para que eleven el músculo a los altares como un nuevo dios, o el dios redivivo del atleta, sino para atesorarlo como arma preciosa de sus luchas por el progreso moral y espiritual.

EL ESTUDIANTE seguirá en esta sección, con la cooperación de conocedores, el ritmo de la cultura física de nuestra juventud, en el campo, en la montaña, bajo el aire libre, y ayudará también a ella con sus fuerzas, organizando partidas de deportes, excursiones, viajes y correrías por tierras de España. Las palpitations de la vida de los pueblos, de que sabemos tan poco, deben llegar a nuestro pecho ungidas con el soplo de libertad de las sierras. No dejemos que disequen nuestras almas entre los muros académicos y fríos desolados, de la Universidad y de la escuela.

Por exigencias de espacio, nos es imposible dar en este número las secciones de Piedras y Panorama espiritual.



Gaudeamus!

Hay más bandos problemas para bandera de
combate de la modesta que estos de los equinos
!...*Gaudeamus igitur juvenes, dum sumus.*

RÍAMOS, amigos, ríamos, con el himno clásico del estudiante, que la risa es fuero de perenne juventud. Ríamos de todo lo viejo, de todo lo acartonado y campanudo, de todos los falsos ídolos, de todos los figurones y figurillas del retablo, de las sonoras oquedades de los fracasados e impotentes, de todos los cometonos eruditos que ostentan jactanciosos su larga cola ancestral, de todos los mascarones, máscaras y mascarillas y de sus grotescas muecas y visajes. Nó, no ha de faltar pasto abundoso para nuestro caudal de risa inagotable en esta feria estupenda de nuestra vida intelectual... Que en nuestras luchas afanosas de Ideal haya siempre una tregua de risa: la carcajada sonora para el histrión ostentoso y la sonrisa discreta y piadosa para el pobrecillo eunuco o el miserable jornalero.

Sea la risa el clarín vibrante de nuestros combates del espíritu. Uno a uno, irán cayendo los viejos muros carcomidos de Jericó. Barreremos los escombros y, ya limpio el solar, ahondaremos, ahondaremos sin descanso, hasta encontrar la roca viva donde cimentar la ciudad de nuestros anhelos. *Gaudeamus!*

¡Vitor, pequeño viajante de arqueología salmantina, orgullo de nuestra ciudad prócer y pájaro (buen pájaro!) cantor de sus pétreas bellezas! Sea para tí la primera risotada de nuestro *Gaudeamus*, que harto te la tienes merecida. Tú, ilustre, eminente, grande, prestigioso, todo de puertas adentro como las zapatillas para andar por casa, lucero, Norte y guía de nuestro dorado bosque de piedras; refugio de forasteros y turistas extraviados, «enhechizador» y emporcador de nuestras fachadas; tú, majestuoso Zeppelin y *rascacielos* de nuestras capillas, tortura del pobre Cividanes y competidor de Celipín, te has ganado en justicia el primer ¡Vitor! jocundo del recién

El campo, la montaña, el mar, el aire libre, deben ser para el estudiante una catedral nacido ESTUDIANTE. Un ¡Vitor! sin C, un ¡Vitor! castellano; aunque tú, envuelto en la cal de las paredes que tanto te desazona, no sepas distinguir de estas pequeñeces...

**Este número ha
sido pasado
por la censura
militar.**

